Los milagros acreditan a Jesús como Mesías

Los milagros pertenecen con certeza al ministerio público de Jesús:

> "Israelitas, oíd estas palabras: a Jesús el Nazareno, hombre aprobado por Dios ante vosotros por los prodigios, portentos y señales que Dios realizó a través de él en medio de vosotros (como vosotros mismos sabéis)" (Hch 2,22).

Los milagros están íntimamente asociados a la predicación de Jesús de la irrupción del reino de Dios. El tema del reino o reinado de Dios no era extraño, aunque tampoco predominante en la época de Jesús. Normalmente quedaba remitido al futuro: Dios iba a instaurar tiempos nuevos, dando un vuelco al estado de opresión del pueblo, de dispersión y de relajación de la fe. Una nota sorprendente en la enseñanza y en la praxis de Jesús radica en un doblete. Jesús pretende que tal reinado ya está teniendo lugar ***ahora***, sin remitirlo al futuro, por tanto; y que está teniendo lugar precisamente a través de su enseñanza y de su actuación, a través de su ***persona*** y no de las grandes instituciones religiosas del AT: la Ley y el Templo.

¿Qué es un milagro?

Un milagro es un acontecimiento sorprendente y extraordinario, accesible para una observador externo, cuya explicación no encaja dentro de la acción de las causas conocidas por nosotros y que, por lo tanto, se adjudica a Dios. Se han de tener presente todos los elementos. El primero es que no se afirma que Dios esté quebrantando las leyes de la naturaleza, sino que estamos ante algo que a nosotros nos aparece como extraordinario, para lo que no encontramos una explicación dentro de nuestros conocimientos. Segundo, el efecto del milagro ha de ser observable por terceros. Luego no estamos en el campo de la subjetividad del receptor del milagro, sino que se da una objetividad verificable, por ejemplo: era ciego y ahora ve. Tercero, la atribución a Dios sí pertenece al ámbito de la fe, pues personas no creyentes darían otra explicación o quedarían simplemente perplejas.

Tipos de milagro y su sentido

1. Exorcismos: son milagros en los que Jesús expulsa los demonios o el demonio de una persona. Indican la irrupción del reino de Dios y la derrota definitiva del reino de Satanás (Mc 3,27 y par.; Lc 10,18; Jn 12,31; Ap 20,1 ss. 10).

El demonio es el enemigo del plan de Dios y del hombre. Jesús aparece como aquel al que los demonios no pueden hacer nada, también en el pasaje de las tentaciones (Mc 1,13 y par.). En estos milagros Jesús aparece como el que trae el Reino de Dios, venciendo la oposición a Dios y a su plan. Jesús mismo nos dice: "Pero si por el dedo de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios" (Lc 11,20 = Mt 12,28). El evangelio de Juan ha visto claramente que la batalla final ya está sucediendo: ya está siendo expulsado (¡terminología de exorcismo!) el príncipe de este mundo (Jn 12,31) a través del conjunto del ministerio de Jesús y de su muerte y resurrección.

La actividad de los demonios no solamente aleja de Dios, sino que lleva a una vida de pecado, de sufrimiento y de enfermedad. En ocasiones, se da una cierta mezcla entre exorcismos y curaciones, pues en ambos se da una sanación y un perdón del pecado. Jesús, venciendo a los demonios, reconcilia con Dios, perdona los pecados, restablece la salud del endemoniado y le devuelve a la comunidad. Así se aclara lo que significa la irrupción del reino de Dios.

2. Curaciones: son milagros en los que Jesús obra una sanación de una persona o personas enfermas. Atestiguan el comienzo del final de todo dolor (Ap 21,4).

Para la Biblia, Dios es la fuente de la vida. La enfermedad se entendía en clave de debilidad y de pecado. Jesús como sanador manifiesta su poder para traer el reino de Dios, que implica la irrupción de la vida, la victoria sobre el pecado, la llegada de la salud y la salvación de Dios.

3. Resurrecciones: son milagros en los que Jesús devuelve a la vida a una persona que estaba muerta.

En estos milagros Jesús se muestra como el que tiene poder sobre la muerte, tal y como aconteció de modo glorioso con su resurrección. Así, nos indica que los asociados a Jesús y a su mensaje podemos confiar en la resurrección, en la victoria definitiva sobre la muerte.

4. Los llamados **milagros de naturaleza** son aquellos en los que se realiza un prodigio que afecta directamente a la naturaleza y no a las personas (multiplicar los panes; convertir del agua en vino; caminar sobre el agua; calmar la tempestad; maldecir una higuera; provocar una pesca milagrosa; encontrar una moneda en el pez que se pesca).

Estos milagros manifiestan el señorío de Jesús y su fuerza (calma la tempestad, por ejemplo), con frecuencia en beneficio de personas (la multiplicación de los panes), o para reafirmar una enseñanza (higuera estéril).

Los milagros cualifican a Jesús como Mesías

La acción milagrosa de Jesús no encaja dentro de los patrones de la magia. Frente a la magia y los magos, Jesús no sigue ritos precisos ni pronuncia fórmulas fijas de conjuro ni realiza los milagros mediante objetos especiales dotados de virtudes mágicas. Jesús no es un mago. Jesús cura con su palabra soberana dentro de un contexto de fe y confianza en la presencia de la fuerza de Dios en su persona.

Jesús como taumaturgo posee una fisonomía propia. La cantidad de sus milagros supera la de cualquier otro personaje de la época. Pero, además, destaca que Jesús en persona sea el autor de los milagros. A diferencia de otros, Jesús no invoca a Dios pidiendo su favor. Él en persona, con su palabra soberana, es quien expulsa los demonios y realiza las curaciones. La fe que se pide no parece que esté dirigida hacia Dios, sino hacia el mismo Jesús, como aquel capaz de curar y de expulsar demonios.

Cuando los enviados de Juan Bautista preguntan a Jesús si es el Mesías, él responde haciendo referencia a los milagros que está realizando (Mt 11,2-5 = Lc 7,18-23). Así, los milagros no solamente nos hablan de la llegada del reino de Dios, sino que cualifican a Jesús como el Mesías, como el enviado de Dios para traer su salvación definitiva. Él es “el dedo” de Dios, la presencia salvadora de Dios en medio de su pueblo, que muestra una imagen bondadosa y poderosa de Dios.

Gabino Uríbarri, SJ
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)